

JUAN GOYTISOLO

## París, ¿capital del siglo XXI?

Cuentan las crónicas, que al divulgarse la moda del existencialismo, un goteo continuo de escritores y curiosos procedentes de media Europa en ruinas destilaba en el Café de Flore para descubrir una ausencia y contemplarse a sí mismos: la pareja formada por Sartre y Simone de Beauvoir había abandonado hacia tiempo el templo de su escritura a una patulea de curiosos y seudodiscípulos.

La anécdota resume, a mi entender, lo ocurrido en la pasada década a numerosos intelectuales en ciernes y novicios de la pluma cuando, desde las cinco partes del mundo esta vez, acudían a la irresistible llamada de París, imantados por el poder convocador de unos nombres que desaparecían paulatinamente del cartel anunciador de su escena: tras los Camus, Merleau-Ponty, Céline, Malraux, muertos en los decenios precedentes, los ochenta barrieron despiadadamente a las estrellas del firmamento intelectual y literario que convertía a

de embeberse del espíritu de unos distritos de gran tradición literaria en los que la concentración de plumas de renombre y cabezas pensantes por kilómetro cuadrado era probablemente la mayor del mundo. Tras Gertrude Stein y los autores de la *generación perdida* —con sus ya clásicas evocaciones de un París refinado y culto, pulcro y acicalado, circunscrito de ordinario a los barrios distinguidos de la Rive Gauche— vinieron los latinoamericanos del *boom*, cuyos héroes se cruzaban en L'Étoile con los modelos literarios de Proust, como en una conocida novela de Carpentier, o frecuentaban un universo bohemio de artistas, exiliados políticos y asiduos de los cafés en boga, como el Oliveira de Cortázar. Los protagonistas de otros exilios más duros, como el español y el ruso, no produjeron obras maestras ni alcanzaron la celebridad de quienes se rindieron a la fuerza avasalladora del mito. Pues el París descrito en las obras de sus huéspedes ex-

cido el censo de los habitantes; la vida diaria obedecía a una improvisación generosa y anárquica; el espacio público se confundía con el privado; todo ocurría a la vista del público y continuamente ocurría algo. Las necesidades de la nueva burguesía y sus aspiraciones a un ámbito exclusivo provocaron complejas operaciones de limpieza y saneamiento: creación de áreas despejadas y zonas de paseo o esparcimiento, expulsiones masivas de pobres y *elementos asociales* a los guetos que Zola debía retratar más tarde. El nuevo orden urbanístico no tardó en suscitar sus cronistas y bardos, en imponer y eclipsar, literariamente hablando, al que había sido circuido de anchurosas avenidas o empujado a los arrabales. El brillo del París cosmopolita y culto, con sus exposiciones universales y símbolos magníficos de su poder atrajo así a un babel de escritores en busca de inspiración y acicate. Sus glorias literarias y filosóficas —ficticias o reales— forma-

la ciudad en la metrópoli cultural por excelencia —Sartre, Barthes, Genet, Foucault, Char, Michaux, Lacan, etcétera— sin que el vacío creado por estas pérdidas fuera colmado con la emergencia de otras figuras de su misma talla e irradiación. De nuevo —y ahora en mayor escala—, quienes se habían instalado en ese islote urbano de unos pocos kilómetros cuadrados cortado en dos por el Sena examinaban desilusionados la escena y acababan por mirarse unos a otros y reconocerse entre sí. Los supervivientes de la gran época y los escasos autores de valía de las nuevas generaciones huían de las luces de la capital y se refugiaban en el anonimato voluntario de la periferia. Y como en el Café de Flore 30 años antes, una barahúnda de escritores ambiciosos y mediocres ocupaba el gran escaparate de la vida cultural parisiense, aupándose unos a otros o compitiendo ferrozmente entre sí en la arrebatiña anual de los premios y danza de los millones, prodigándose hasta el empalago en las mesas redondas y entrevistas televisadas, cubriendo a fuerza de gesticulaciones y raudos abaniquos de plumas el ámbito destartado y mercantil en el que desmedra la literatura francesa contemporánea.

Cuando los personajes de

una obra teatral se retiran del escenario, el público sentado en platea carraspea y bosteza o centra su interés en el espacio material en el que se desenvuelve la trama: el decorado que sirve de fondo a la vida, acciones y sueños de los héroes objeto de su envidia y admiración. Vacío de sus actores, París, el texto urbano de París, recupera entonces el protagonismo que unas figurillas inconsistentes y efímeras aspiran a arrebatarse. Los espectadores, al menos aquellos que buscaban en él un estímulo creador, descubren poco a poco que la vana agitación de un mundillo que se devora sin cesar a sí mismo o se eclipsa como tragado por una

trampa no vale gran cosa comparado con la admirable energía de la ciudad que le sirve de marco: no de la acartonada Ville Lumière ni del ámbito intelectualmente prestigioso de Saint-Germain-des-Prés, Montparnasse y el Quartier Latin, sino de los barrios populares, sin aureola artística alguna, en donde se desenvuelven nuevas formas de vida, nuevas propuestas de experiencia literaria y social, nuevos textos urbanos.

Los escritores extranjeros que desde hace más de un siglo se instalaron temporal o definitivamente en la ciudad buscaban no sólo una relación enriquecedora con sus colegas parisenses, sino también la manera

trajeros es, en efecto, el concebido y trazado por Haussmann: bulevares, amplias aceras, espacios vastos, elegantes galerías cubiertas, lugares todos ellos de los que el pueblo llano fue barrido a escobazos en virtud de consideraciones estratégicas y decretos expropiadores por razones de embellecimiento. La arquitectura conminatoria y grave del Segundo Imperio, un urbanismo destinado al control y vigilancia de la muchedumbre hacinada en las calles estrechas pero rebosantes de vida de los barrios pobres —convertidos en verdaderos núcleos autónomos dentro del protoplasma de la nueva ciudad—, transformaron en unos pocos años la capital promiscua, espontánea, fecunda, pintada desde Rabelais a los cronistas de la Revolución Francesa, en un territorio visiblemente burgués, un cambio del que su mejor y más elocuente testigo sería la poesía baudelaireana.

Los anales de la vida parisiense anteriores a Haussmann —con su evocación de la mescolanza, escenas callejeras, hormiguero humano de los mercados— concuerdan de manera asombrosa con la actual experiencia urbana de algunos barrios, para mí familiares, de Marrakech o El Cairo. El poder no había rotulado las calles, numerado las casas ni estable-

ban parte de su rica panoplia, figuraba en el repertorio de sus tesoros y bienes, del mismo modo que sus museos, monumentos y estatuas. En uno de sus lúcidos ensayos sobre Baudelaire, Walter Benjamin cita una guía ilustrada de 1852, de la que espiga una significativa referencia a los pasajes o galerías cubiertas, definidos en ella como un "mundo elegante" y "en miniatura". El hecho de que un siglo y pico después el más famoso de aquéllos, el Passage des Panoramas, fascinara al héroe de Cortázar prueba la vigencia y magnetismo en el ámbito literario de un modelo de urbanismo cuyos orígenes fueron manifiestamente clasistas. Si el "laberinto es la patria del que vacila", como dice con agudeza Benjamin, el espacio ideal del *animal urbano* de Baudelaire sería hoy más bien la amalgama de gentes y superposición de planos de los barrios parisenses permeables a la espontaneidad creadora de la medina.

La referencia al autor de *Las flores del mal* y al de *Paris, capital del siglo XIX*, resulta aquí a todas luces indispensable. Si Baudelaire fue tal vez el primero en captar la esencia de la modernidad en la agitación y bullicio del tráfico parisiense, el choque seminal de costumbres opuestas, la identificación del

Pasa a la página siguiente

JUSTO BARROZA

CABEZA DEL REY DON PEDRO, 9 (2º B)  
41004 - SEVILLA

1 Noviembre 1990

Señor Don Juan Goytisolo  
33, rue Poissonnière  
75002 - Paris



Querido Juan:

Hombre, que de verdad nosepuéaguantá, tío, tu pedazo de artículo en "El País" de hace un sábado. París bien valía tan opulenta misa cantada con sinfónicas palabras, palabras, palabras.... Un esplendoroso festín semántico, tan tenso y brillante que haría palidecer a nuestros más hábiles hacedores de recuadros de prensa, Burgess, García Márquez, Jesús Aguirre, Cabrera Infante. La relampagueante épica de la eterna Ciudad-Luz mitificada va a hacer medio siglo por la influyente marabunta sartriana, que ahora invadida por los nuevos tártaros y mogoles del cono norte africano, que están arrasando con histórica ineluctabilidad la urbe ya irreal visualizada con el prisma de Villon, Rabelais o los existencialistas. Nos estaba haciendo falta una crónica que rebautizara al París esfumado del hermoso recuerdo, tras resultar devorado durante décadas por el Londres de las tiendas y limousines Daimler. Te habrá costado un puñado de horas de alta concentración exponer en un lenguaje tan hermoso y complejo el redescubrimiento del París transpostmoderno, la novísima capital de la ex-grandeur de la France, la que acogió a los impresionistas, a la polifacética inmigración de los trabajadores del arte, luego a los vitales desesperacionistas que tanto nos emocionaban en el Cafe de Flore, una metrópolis que ya no es tan nuestra, aquélla de las elites privilegiadas que se deleitaban dejándose mirar en la rive gauche, ahora tomada por hordas de piel tostada que la harán más ingobernable que las 2.000 variedades de quesos a las que se refirió el general De Gaulle, ido también a las catacumbas del olvido. De acuerdo en que ya no contemplamos aquel París que se nos fue, con su esplendor intelectual espejo de la cultura europea, que desembocó en el ambiguo y luminoso Mayo del 68. El problema que tú has atacado, y no sabemos si resoluble, es redefinir al París de los noventa, desdibujado sin Jean Paul ni Simone, todavía la megápolis del poder mental y los paradigmas de la cultura, que ensimismada en las tardoglorias del pasado se ha dejado arrebatarse la capitalidad del mundo. ¿Qué nos queda del París que nos hacía retemblar? ¿Lograrán reconstruir su diluida grandeza las afrotribus importadas? ¿Sabrá el Islam echarle la pata a Descartes? Y a lo que iba: nos ha producido un fecundo placer tu pieza maestra de técnica periodística, pergeñada, se nota, con pasión y amor intrapirenaicos que los exilios no han vuelto "light". Media página perfecta, Juan. Por si no fueras ciudadano del mundo lo mereces ser de París, cuya legión de honor portas si no en la solapa en el corazón. Y que los lectores discriminamos, no comulgamos con tanto gato por liebre, nos maravilla tropezar con una perla en la hojarasca impresa. Nos has regalado unas columnas de calidad sencillamente parisinas. París, ese bello ser colectivo, y nosotros, sus amantes, te lo agradecemos deslumbrados con un abrazo

daba. Había varias cartas reexpedidas desde París —catálogos de exposiciones, impresos, una postal de mi cuñada—, y las arrojé a la papelera sin leerlas. Sólomente retuve un sobre blanco, escrito directamente a Torremolinos.

**JUAN GOYTISOLO : "LA ISLA"**

**SEIX BARRAL, 1961, 171 P. No.** Sevilla, XXI Año Triunfal  
**MÉXICO**

"Mi horrible Claudia,

"Encontré a Rafael en el Ministerio y me dio tu dirección. Me contó los chanchullos del periódico (lo de la secretaria de R. es de antología) y dijo que probablemente os enviarían a América. Felices vosotros, siempre de viaje.

"Aquí cada día hay más olor a gasoil, más ruido, más guardias de tráfico que lo fiscalizan a uno. Es que estamos avanzando. Antes íbamos cada día al río, a nadar; estábamos solos, un río magnífico para nosotros. Ahora seguimos teniendo el monopolio, pero ya no nos sirve: hay una capa de grasa y de mierda de las industrias montadas en la orilla, que hacen que progreseemos. En los clubs elegantes se juega al tenis y al bridge, y se consumen al atardecer hermosos whiskys y hermosos bocadillos de carne que elevan convenientemente la tensión arterial. No hay alcalde y nadie quiere serlo. La radio grita durante toda la eternidad: "Lavadora Bru, Lavadora Bru, Lavadora Bru". En la divertida Librería Internacional de Lorenzo Blanco se desbarra platónicamente mañana y tarde, mientras ve uno el letrerito "210 pesetas" en cualquier libro importado de Buenos Aires. El 80 por ciento de sevillanos gimen de "angst" porque todavía no poseen los aparatos cromados que les incrusta en el cerebro la publicidad y el otro 20 por ciento se aburre por tenerlos en casa. Y las iglesias románicas

**TEXTO DE UNA CARTA DE IENACIO  
16 DARRAUDE A ILSA BAREA, VIUDA  
DE ARTURO BAREA ("LA FORJA  
DE UN REBELDE"), EN LOS AÑOS 50.**

siguen quemadas y se dice que el Generalísimo vendrá a vivir al Alcázar.

"Adelante, pues.

"Isabel, mortal como siempre. Si no la mato antes me acompañará el martes.

"Un abrazo de

Enrique"



La leí dos veces y luego la rompí. Durante las últimas semanas había cerrado el piso, vendido los muebles, liquidado los asuntos de Rafael. Me parecía que nunca iba a poder recobrarle de mi cansancio.

Expliqué a Herminia que no tenía apetito y permanecí tendida sobre la cama. Poco a poco, me entró un sopor invencible. La ventana seguía abierta y, medio en sueños, oí reír y gritar a los niños, mientras perdía conciencia de las cosas y las sienas me zumbaban.

\*

Rafael vino a buscarme a las diez en punto. En Málaga había ido al peluquero y al gimnasio y, con el cabello ondeado y las mejillas frescas, lo encontré joven y casi atractivo. Yo había pasado también más de dos horas acicalándome y, al vernos a los dos en el espejo, reí de nuestra coquetería.

Habíamos llegado a una edad en que el organismo empieza a hacerse sentir como un fardo y es preciso tomar cuenta de él para los actos más insignificantes de la vida diaria. Nuestro aspecto no había cambiado todavía pero, mantenerlo, nos exigía un esfuerzo continuo y, tanto Rafael como yo, lo ocultábamos. Ya no nos era posible comer chanquetes fritos con mal aceite, ni dormir sobre un colchón en el suelo, ni mezclar alegremente las bebidas, como antes. Lo intentamos una vez en París, la

**ILSA ERA LA TRADUCTORA AL INGLÉS  
DE LAS NOVELAS DE JUAN  
GOYTISOLO. 17**